

Donoso & Donoso, escritores

Mario Verdugo Arellano

Separados por diez años, pero unidos –como alguna vez dijo un distinguido literato– “en la hermandad de la sangre y de las letras”, Armando y Ricardo Donoso fueron dos de los principales representantes de la llamada “Generación del Centenario”. Crítico y periodista el primero, e historiador el segundo, los fabulosos hermanos talquinos imprimieron a sus obras un sello de elegancia y vehemencia, de enciclopedismo y polémica, esa honesta y a menudo bondadosa rigurosidad que suele ser incomprendida, pero también admirada y denostada.

ARMANDO

El mayor de los Donoso vino al mundo en Talca el 18 de septiembre de 1886, poco más de una década antes de que naciera su hermano. Ya en sus tiempos de alumno del Liceo de Hombres de Talca, Armando comenzó a manifestar su vigorosa inclinación hacia la literatura, participando por ejemplo en las Charlas Literarias que organizaba el superhéroe de la independencia intelectual: Alejandro Venegas. Junto a consanguíneos como Mariano Latorre, Guillermo Feliú, Aníbal Lara y Domingo Melé, y a figuras más alejadas como De Ròchla, Hedren y González Basías, el futuro crítico daba forma a una generación que luego ocuparía parte importante de la cultura chilena.

Sus primeros esfuerzos los enfocó a justificar autores nacionales contemporáneos: suyos o ya un poco empolvados. Reunió la obra dispersa de Pedro Antonio González en una antología y publicó en Valencia, España, un ensayo titulado “Los Nuevos” (1912) donde llamaba la atención sobre Carlos Pezoa Véliz, Vicente Domingo Silva, Fernando Soto y Benjamín Lillo, entre otros. Pero su enseñanza libresca y de seguro sus viajes por Europa también lo hicieron interesarse y escribir acerca de clásicos como Goethe, Rubén Darío y Dostoevsky. A su maestro Venegas tampoco lo olvidó, como se confirma en el bello prólogo a “Por Propias y Extravas Tierras”, donde además produjo una soñadora dilatada sobre la inanidad local: “Leyeron, dilatadas en una perspectiva de semi-bonhomía recuerdo, revivieron aquella juventud ya tan remota, que se desenvolvía en el apacible Liceo de provincias. Talca, con sus calles trazadas a cordel, con su belleza colonialista y arrojada, suya existencia se desliza consumida por el sombra, horne de identidad, de inquietud, trío trío de campesinos de rutas religiosas y sedentarios, desconfiados y sordidos, que más lejos de la guía y del límite bien pasan que a toda posibilidad de herencia social o de caridad para los que han merecido o ayudado; con sus casas amplias, sus despensas bien repletas, sus mesas de juego siempre socorridas, resumía el tipo clásico de la idea grande, en cuyo seno no acogejan nada que pueda violentar las digestiones lentes de sus pobladores, y en la que cada cual cumplía, según su leal saber y entender, el principio evangélico del crecer y multiplicarse”.

Casado con la poeta María Monvel, trabajó para la Universidad de Chile y fue subdirector de El Mercurio y colaborador de El Diario Ilustrado y Pluma y Lípiz. Tuvo la intención de escribir una historia total de la literatura chilena, y aunque no lo consiguió, sus esfuerzos arrojaron copiosos trabajos en los que despiertan los nombres de Gabriela Mistral y Eduardo Barrios.

Miembro de una camada de provincianos que debió acudir a la metrópoli para escapar de la miseria parapática y controladora ejercida en la provincia, su concepción de la crítica iba al valor intrínseco de la obra por encima de consideraciones psicológicas o falacias biográficas. “Patazo el mejor crítico –decía en una vieja declaración– debe ser el



Armando Donoso

crítico, dilatadas en una perspectiva de semi-bonhomía recuerdo, revivieron aquella juventud ya tan remota, que se desenvolvía en el apacible Liceo de provincias. Talca, con sus calles trazadas a cordel, con su belleza colonialista y arrojada, suya existencia se desliza consumida por el sombra, horne de identidad, de inquietud, trío trío de campesinos de rutas religiosas y sedentarios, desconfiados y sordidos, que más lejos de la guía y del límite bien pasan que a toda posibilidad de herencia social o de caridad para los que han merecido o ayudado; con sus mesas de juego siempre socorridas, resumía el tipo clásico de la idea grande, en cuyo seno no acogejan nada que pueda violentar las digestiones lentes de sus pobladores, y en la que cada cual cumplía, según su leal saber y entender, el principio evangélico del crecer y multiplicarse”.

mejor ensayista y el más complejo de los artistas. Por eso creo que la crítica talonal, que anda a la caza de pequeños errores, es tanto como todas las ciencias de pedantería. La otra del escritor se venga de la crítica, viendo. Y esta es la única ley. El crítico tiene que existir si tiene algo propio, algo interesante que decir. Con la digestión de los errores ajenos, no puede alcanzar a intervenir a nadie”.

RICARDO

Tan temprano eran los embates del menor de los Donoso –en edad, se entiende– que el escritor Carlos Ruiz Tagle lo apodó “el desconsolador”. En efecto, Ricardo acostumbraba dirigir sus alcances desconsoladores jocosamente a los que gozaran de crédito general, los consagrados de la historia política y literaria, las vacas sagradas del pantheon criollo. Barón Atana, entonces ánquez dedicó varias investigaciones, pensada en

una “visión unilateral” del desarrollo histórico, mientras que Miguel Luis Amundáguen era un “santurrano hasta la médula de los huesos”. A Jaime Espuque le ofreció un libro completo: “Omnisiles, errores y tergiversaciones” en un libro de historia”. Y a Francisco Antonio Encina, para no ser menos, le brindó dos, agrupados en un rotundo título: “Encina Simulado”. Ya en sus años posteriores, Donoso Novoa viajó en Gonzalo Vilal a un menor historiador del Opus Dei, una definición tan poco decorosa como las que en su tiempo apuntó hacia Alberto Edwards y su fronda aristocrática empinada y risopé. Con Arturo Alessandri el vínculo fue un poco más amplio. Se conocieron sin llegar a la amistad, aunque nuevamente la pluma del talquino fue causa de entusiasmamientos. A la publicación de “Alessandri, Agustador y Demolidor”, –editado por el prestigioso fondo de Cultura Económica–, se sumó la inmediata intervención del estadista para visitar

que Ricardo accediera al cargo de director de la Biblioteca Nacional. Después de todo, el libro constaba de dos apasionados tomos en torno a la presencia de un solo hombre en cincuenta años de valientes políticos.

Malqueridos a un lado, sus sentidos constituyeron un infaltable agente al análisis de la evolución ideológica del país y las demás naciones de habla castellana, a la defensa del pensamiento liberal, a la memoria de los hombres públicos que investigaron los orígenes de la nacionidad y la instauración de la República. “En Ideas Políticas en Chile”, del ’45, es para muchos su obra capital, “una reseña de la lucha por el establecimiento de la democracia”, desde el siglo XVIII y hasta la “tragedia” de 1891, época en que se abrieron paso ideas como el equilibrio de poderes, la tolerancia religiosa y civil, las libertades públicas y las garantías individuales. Contra sus predecesores y mentores, el donoso estuvo puesto no en la volubilidad de los gobiernos sino en los factores sociales y la acción renovadora de las ideas. Entremedio, Donoso desvirtuó la cara más prejuiciosa del centralismo y el espíritu sarracínico demócratico: “Solo en la capital existían las nancias familiares y las buenas maneras, la inteligencia y la distinción, la cultura intelectual y el buen gusto; la vida refinada y la discrición, la astucia y la honestidad; el amor a las letanías y el arte; mientras que los pobres provincianos vivían poco menos que en estado de barbarie, apartos a los dioses de la civilización más refinada, sin aspiraciones ni iniciativas”.

Partidario de magistrados progresistas en desmedro de caudillos usufructuando del presidente centralismo, el ex licencio no escatimó labores para los personajes que en otras páginas solía atacar. Así destacó la “indomable energía” de Pérez Rosales o el infatigable servicio público de Balmaceda. No obstante su acrimonia intelectual, al parecer en privado se mostraba gentil y bromista, tal como lo recordó Carlos Ruiz Tagle: “El desconsolador tenía modales suaves, caballerosos y unos ojos慈爱的 que reflejaban un alma de santo bálsamo. Había, a no dudar, un aliento entre el polemista y el coqueto autor de ‘Encina Simulado’ y este padres de familia, suave y simpaticísimo”.

Fueron profesor invitado en Harvard y Miami, director del Archivo Nacional, Presidente de la Sociedad de Historia y Geografía, redactor de “El Mercurio”, y ganador del Premio Nacional de Ciencias Humanas. Su erudición y severidad le granjearon galardones fuera de nuestras fronteras pero también numerosos enemigos. De acuerdo a algún cercano, hasta el final siguió resultando su origen maduro y el papel fundamental que en su formación ejercieron Molina y Venegas, maestros del “Centenario”. Y olvidando por un momento las magdalenas en que se veía envuelto, recordó a los conocidos en su casa de la calle Lautaro, convirtiéndolos, a un hablante y un vaso de buen whisky. Claro que en el trabajo volvía el polemista, como de nuevo recuerda Ruiz Tagle: “Lo que resultaba un espectáculo era verlo subir las escaleras de mármol acompañado de algunos amigos que tenía en el servicio. A medida que iba subiendo, oíase como en eco, su voz que denunciaba contra el Gobierno de Pincher”.

Donoso & Donoso, escritores [artículo] Mario Verdugo Arellano.

Libros y documentos

AUTORÍA

Verdugo Arellano, Mario, 1975-

FECHA DE PUBLICACIÓN

2003

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Donoso & Donoso, escritores [artículo] Mario Verdugo Arellano. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)